

## CAPITULO V.

## LA CADENA DE LA MUERTE.

## I.

Nunca se halló mas potente la revolución que despues de la retirada de Aculco.

La Nueva Galicia, Zacatecas, San Luis Potosi, las provincias de Oriente y del Norte, ciñendo el territorio que abraza los dos mares.

Los pueblos cercanos á la capital, estaban á merced de los insurgentes, entre los que se distinguian los Villagranes, valientes y decididos hasta encontrar la muerte peleando incansables en defesa de su bandera.

Esos mártires de la libertad, han dejado su nombre por herencia á Huichapan á esa ciudad que se avanza sobre la sierra y que conserva la ejecutoria de su patriotismo tradicional.

Todo auguraba un próximo y decisivo triunfo, la idea germi-  
naba para tomar su asiento eterno, como el astro perenne de la nacionalidad mexicana.

La idea sacudiria sus llamas luminosas sobre los campos de los combates y en el cielo de las ciudades oprimidas.

Los hombres desaparecerian en las cataratas de la muerte, pero ELLA quedaria en pié como la sombra de Dios, proyectándose en la zona atravesada ayer por los corceles de la conquista.

Hidalgo se encontraba en Valladolid organizando un nuevo ejército: parecia el mito antiguo que arrojaba piedras que al caer se convertian en hombres.

La voz de Hidalgo, su presencia, su nombre, todo revelaba en él al inspirado.

*Diez mil* hombres estaban ya en tren de guerra cuando apenas habia pronunciado *el fiat exercitus*, con ese poder que el génio habia prestado á su palabra.

Hidalgo resolvió partir á Guadalajara, es decir, al centro de la revolucion, mientras Allende defendia las ciudades ya conquistadas.

El 14 de Noviembre, recibió en su cuartel general de Valladolid la nueva de que los insurgentes habian ocupado Guadalajara, cuya noticia solemnizó con toda pompa.

Dos batallas se habian librado ántes de la ocupacion de la ciudad, y en una de ellas los realistas habian dado un espectáculo que solo puede registrarse en aquella época de barbarie y fanatismo.

Recacho que mandaba la division de los españoles, hizo que un cura fuese llevando al *Sacramento*, prometiéndose como sucedió, que los insurgentes por respeto, no se atreviesen á atacarlo, pudiendo así llegar salvo á Guadalajara, que cayó en breve en poder de los independientes.

La revolucion estaba en su juventud, acometiendo las empresas mas dificiles y caballerescas.

El cura Mercado se avanza con una chusma pequeña y desordenada á ponerle sitio á San Blas; oigamos lo que dicen unos apuntes de aquella época:

“Un terreno que domina el único punto por donde puede ser

atacado por tierra; una porcion para aislarle con facilidad por la comunicacion de los esteros; un castillo respetable con doce cañones de á veinticuatro, que defiende el puerto y puede tambien arruinar la villa; cuatro baterías en ella, y en el mar una fragata, dos bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras; trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza y mas de trescientos europeos armados, ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres y montadas catorce de ellas, con sus correspondientes municiones, y ocho ó nueve oficiales de marina; este era el verdadero estado en que se hallaba la plaza de San Blas, cuando sin haber disparado un tiro, se rindió vergonzosamente á unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas, manejadas muchas de ellas por ancianos y niños, como todos vieron cuando entró el desordenado y no crecido ejército sitiador."

¡Y pensar que una revolucion tan gloriosa tendria que atravesar por una época de prueba y de martirio!

## II.

El cuartel general de Hidalgo se encontraba lleno de jefes y de personas distinguidas de Valladolid, cuando llegó la noticia de la retirada de Aculco y sangrientas ejecuciones ordenadas por Calleja.

Cuando se hubo leído la comunicacion en voz alta, todos los oficiales se volvieron hácia Hidalgo, que estaba profundamente sombrío.

—Señor, dijo uno de los generales; que le direis á vuestros soldados cuando habeis atajado tantas veces su ímpetu contra sus verdugos?

Levantóse el anciano en aquella actitud épica que habia to-

mado desde el primer momento de la revolucion, y dijo con voz alterada:

—Ya he sufrido demasiado!---- mi carácter sacerdotal ha sido un dique terrible para vosotros que militais en las banderas de la independendia---- creia que un llamamiento á la generosidad y á la nobleza seria escuchado por nuestros enemigos---- nada han olvidado de su crueldad tradicional, el siglo XIX los encuentra á la altura del siglo XVI!---- Yo que he llevado á los combates á esta raza desheredada y cuyos rencores he apagado con la influencia de mi prestigio, no la dejaré al pié del cadalso, para que en ella se cebe la ira de sus jurados enemigos!---- no, mil veces no!---- he buscado la paz, he huido de las represalias, he templado el ardor revolucionario, convirtiendo mi estandarte en un iris que hoy se oscurece, para convertirse en una nube de truenos y relámpagos!---- retroceder sería traicionar; no aceptar el reto, una cobardia!---- Apóstol del Señor, ministro de sus iras y brazo de su enojo, caeré sobre los asesinos y los exterminaré como las víboras que quieren ahogar en su cuna la revolucion!---- De hoy mas, una barrera entre ellos y nosotros---- tumba por tumba, cadalso por cadalso!---- truene la revolucion y despierte al mundo con su estrago!---- hundámonos en la catástrofe del desbordamiento; que sobre las ruinas se alzaré siempre la idea, la grandiosa idea de la independendia!---- Entrego á los conquistadores á la venganza de los conquistados---- dos barcos en el combate naval de los rencores y represalias---- dos gigantes en lucha abierta---- dos entidades de las cuales una tiene que desaparecer y anonadarse!---- Ya no oireis mas mi voz, siga este torrente de sangre que ya llega hasta nuestros pechos y está próximo á ahogarnos---- ojo por ojo, diente por diente!----

El sacerdote borraba con el sudor del combatiente el óleo que ungia su cabeza sagrada, los libros santos se cerraban para siempre ocultando en sus místicas hojas las misteriosas palabras de "amaos los unos á los otros."

Solo quedaba la frase sombría de "El que no esté con nosotros es nuestro enemigo."

Se marcarían con el signo de la revolución las casas de los independientes, como las de los israelitas la noche de la Pascua, para que cayese sobre las demás el terrible azote de la guerra y de la matanza!

—Id, dijo Hidalgo, participad esas nuevas al ejército, para que sepa lo que tiene que esperar de sus enemigos, y vosotros, general Muñiz y padre Navarrete, cumplid con estas órdenes.

Y les entregó unos papeles sobre los cuales había trazado unos renglones.

—Señores, continuó Hidalgo, mañana al amanecer partimos para Guadalajara.

Los oficiales salieron, y el caudillo con entera tranquilidad se metió en el lecho y durmió profundamente.

### III.

La noche había caído, el cielo estaba cubierto con las nieblas del invierno y un aire frío azotaba las quebras de los montes cercanos; la ciudad dormía en el delirio calenturiento de las terribles escenas que presenciaba después de un sopor de tres siglos.

Oyóse en el silencio de la noche, ruido de pasos y de armas, y ecos de voces que el viento arrebatava.

Una fuerza de caballería llevaba una partida de europeos, rumbo á la barranca de las Bateas.

Cuando los prisioneros comenzaron á percibir algo de lo que iba á acontecer, se dirigieron al jefe de la fuerza.

—Señor general Muñiz, dónde nos llevan?

Muñiz no respondió.

—Señor, por compasión queremos saber al ménos la suerte que nos toca!

Muñiz permaneció mudo.

Entonces comenzó un clamoreo pidiendo misericordia.

Los desgraciados llegaron al punto de la ejecución.

—Señores, dijo Muñiz, agotada ya la paciencia del general y viendo que vosotros os mostrais rehacios y no cesais de conspirar, sin que haya bastado la indulgencia que se ha tenido con vosotros, se os sentencia á sufrir la última pena.

La confusión mas horrible comenzó en aquellos momentos: lágrimas, denuestos, maldiciones, rezos, todo se confundía en el tumulto postrero.

Sobre las cabezas de aquellos que habían provocado tan terribles represalias, caía en aquellos momentos el anatema de Dios y de los hombres.

Los cuarenta prisioneros fueron degollados, y sus cadáveres quedaron en aquel memorable sitio, pregonando el error y el extravío del corazón humano!

Al día siguiente de la partida de Hidalgo, tuvo lugar otra catástrofe en la falda del cerro del Molcajete. Allí Gutierrez de Terán, asesor de las causas de los insurgentes á quienes odiaba profundamente, tuvo la entereza de auxiliar á los sentenciados y morir el último, sufriendo el espectáculo horroroso de aquella sangrienta escena.

### IV.

Allende había entrado á Guanajuato después de la jornada de San Gerónimo Aculco, donde fué recibido con las muestras mas grandes de simpatía.

El bravo general dispuso inmediatamente la defensa, y se preparó á resistir al enemigo que salía de Querétaro en dirección á Guanajuato.

Veintidos cañones alistados por los insurgentes se distribu-

yeron en los puntos principales de la ciudad, impidiendo la entrada de Marfil, punto por donde se creía que Calleja emprendería su asalto.

Los mineros practicaron bajo la dirección de Chovel y Tavié, un estudiante de minería, multitud de barrenos para sepultar entre los escombros al ejército realista.

Allende se encontraba comprometido, tenía un ejército desarmado y con la desmoralización de la retirada; pero era necesario combatir, y el joven héroe disputaría el terreno hasta el último instante.

Valióse de los medios de la época, excitó á los frailes á que propagasen las ideas de morir por la independencia, é hizo salir en procesion la imagen de la Virgen que se venera en esa ciudad.

Dice un historiador, que la religion servia así de instrumento á uno y á otro partido, y que el pueblo oyendo invocar tan respetable nombre en favor de las *dos causas*, se le ponía en riesgo de no creer á ninguno.

Entretanto los manifiestos y proclamas de Hidalgo eran quemados en México por mano del verdugo, mientras que en las ciudades conquistadas se leían en las plazas, en las iglesias y en los conventos.

El sábado 24 de Noviembre de 1810, llegó Calleja al frente de Guanajuato, haciendo un reconocimiento en las cuestas de Jalapilla.

Allende los recibió á metralla con la artillería colocada sobre las lomas, á la izquierda del camino, en el pueblo llamado Rancho Seco.

Empeñóse una reñida acción en la que Calleja cargó el grueso de sus tropas, y los insurgentes fueron desalojados de sus posiciones perdiendo cuatro piezas que dejaron clavadas sobre las lomas.

Calleja quiso aprovechar los efectos de esta primera victoria,

dividió su fuerza en dos columnas, poniéndose al frente de una de ellas y dando la otra á Flon, el celebre conde de la Cadena.

Apoderóse del camino de Marfil, y emprendió un movimiento sobre las montañas rumbo á Valenciana, mientras que la otra columna seguía el camino de la Yerba Buena, teniendo en jaque á la Cañada.

Calleja evitó el paso por donde indefectiblemente hubiera perecido con todo su ejército al sufrir la terrible explosión de las minas y el desgrane formidable de aquellas rocas.

Allende vió perdidos sus trabajos y comenzó á desconcertarse por falta de elementos.

A las seis horas de camino, la fuerza realista dominaba desde el cerro de San Miguel y los Carreras, á la ciudad, como Hidalgo en su primera campaña.

El joven caudillo se sintió arrebatado por la ira, y ordenó á sus soldados que entrasen á las casas á sacar á los hombres para que se batiesen.

La campana mayor llamó al pueblo, que acudió á la defensa.

Los realistas atacaron con éxito los diez puntos fortificados, que los insurgentes sostenían desesperados, haciendo alarde de su valor reconocido.

“Mal podían ser defendidos, dice el historiador Alaman, por gente indisciplinada, armada con pocos fusiles y con los frascos de azogue que con tan poco efecto se intentó hacer servir en vez de aquellos: los mas no tenían otras armas que palos, lanzas y piedras, y aunque hacían caer lluvias de estas sobre la tropa que los atacaba, el fuego de la artillería que iba enfilando las posiciones una por una, con los oportunos ataques de la infantería, desbarataba con mucha pérdida aquellos pelotones.”

Allende, Abasolo, Aldama, Jimenez, hacían prodigios de valor, esfuerzos sobrehumanos para contener al enemigo, pero todo era imposible.

Llegó la noche y los caudillos no quisieron abandonar la ciudad, sabiendo que sería tomada al siguiente día.

Calleja permaneció en Valenciana, pudiendo haber tomado el último reducto esa misma tarde; pero la misma victoria lo tenía desmoralizado.

La plebe acaudillada por el mulato Lino, comenzó á agolparse á las puertas del castillo de Granaditas y á pedir á gritos las cabezas de los europeos.

Allende ocupado en subir su artillería al cerro del Cuarto y hacer en él su última defensa, no reparó en el desórden que amenazaba la ciudad. Don Mariano Liceaga trató de contener al pueblo, pero herido por una piedra cayó en tierra y la multitud se arrojó sobre la Alhóndiga á saciar la venganza de su derrota, sin poder contener su ímpetu la voz de los eclesiásticos ni de otros hombres honrados.

Doscientos y tanto europeos fueron pasados á cuchillo y sus cabezas separadas del tronco, y vejados y escarnecidos.

Así se vengaba aquel pueblo azotado y lleno de vilipendio por sus opresores, así cobraba tantos años de crueldad y de servidumbre.

Quereis ver como se borra esa cifra?---- abrid el libro inmortal de la historia y encontrareis en los anales de los siglos que corren del XVI al XIX una serie no interrumpida de espectros sangrientos que atraviesan dia á dia en una procesion fúnebre, con las heridas abiertas, llevando aún en sus huesos calcinados por el fuego los grillos y las esposas de la proscripción y de la muerte!

## V.

Pasóse la noche en la mayor angustia, todos los jefes opinaban por la retirada; pero Allende habia jurado disparar su último tiro sobre el enemigo.

Luego que amaneció, los realistas insistieron en la toma de

la ciudad, pero los insurgentes con un solo cañon detuvieron su avance.

Hubo un intervalo de silencio hasta las siete de la mañana, y era que la division Calleja bajaba por el camino de Valenciana hasta tener á los insurgentes dentro de tiro.

La tropa de Allende, ya no podia resistir combinacion alguna de parte de un enemigo que con tanto éxito habia peleado hasta reducirlo á la última posicion.

La artillería realista desmontó el cañon situado en el cerro del Cuarto y no hubo ya defensa posible, el ejército del rey comenzó á entrar sin obstáculo por el camino de las Carreras hasta apoderarse de la ciudad.

—Ya es hora, dijo Allende, pongámonos en marcha, nuestra presencia no tiene objeto.

Los restos del ejército se organizaron y comenzó la retirada en órden y sin precipitacion.

Aquel espectáculo impuso á los realistas, que no osaron salir de los muros de Guanajuato.

La bandera independiente se retiraba con todos sus honores.

Libre Calleja con la retirada de los insurgentes, se desbordó como un torrente sobre la ciudad al toque de *degüello*, que repitió Flon, y comenzaron la matanza mas impía con todas las personas que encontraban por las calles.

Guanajuato estaba aterrorizado, las puertas todas se cerraron, los hombres se ocultaron á la saña del vencedor.

Calleja mandó sacar á todos los que de alguna manera se habian complicado en la causa de la independencia y los sometió á la *calificacion* del conde de la Cadena, que organizó una especie de triunvirato para sentenciar verbalmente á los acusados.

Mientras Flon recibia las declaraciones, los satélites de aquel bárbaro plantaban horcas en las plazuelas y centro de la ciudad.

El asesinato *oficial* se desplegó con un aparato fúnebre, los partidarios de la insurreccion morian en el *garrote*.

¡Garrote vil á los defensores de la patria!

Calleja mandó bajo pena de muerte, que se denunciase á cuantos habian admitido empleos de Hidalgo, y era tanto el terror que infundió aquel miserable, que el escribano encargado de hacer la lista, la encabezó así:

“Ignacio Rocha.—Este es hijo mio. 

No encontrando ya mas víctimas, la tropa acudió á los suburbios de la poblacion, donde estaban ocultos los mineros, y en masa fueron llevados al patíbulo.

Para hacer mas terrible aquel suplicio, los ejecutores siguieron durante la noche que era oscura como el manto de la muerte, los verdugos alumbraban con teas á las víctimas, y aquel siniestro resplandor, vivia como un relámpago perpetuo dando su luz sobre los cadalsos.

Chovel, que habia dirigido los barrenos, Tavié el estudiante de Minería, Ayala, y otros cinco insurgentes fueron ahorcados al siguiente dia frente al palacio.

Las ejecuciones continuaron sin intermision por cuatro dias, hasta que no habiendo en quien ejercerlas se publicó un *indulto*, en los momentos en que cinco insurgentes eran agarrotados; dos de esos infelices se salvaron.

Al eco del perdon, los hombres dejaron el escondite donde habian salvado la existencia, sin creer que la palabra de Calleja seria una gran mentira.

Luego que la confianza se restableció, tornaron las prisiones y los patibulos volvieron á ser ocupados por mas víctimas.

¡Espectáculo sangriento! ¡proclamacion terrible de las represalias!

La revolucion responderia con sangre á aquel llamamiento de guerra y desolacion.

Aquel suplicio infamante era la tribuna donde los mártires hablaban al porvenir en la evocacion del espíritu de la libertad.

En los momentos del degüello, y cuando la sangre corria por las calles de Guanajuato, un fraile dieguino salió con un Cruci-

fijo en la mano, arrodillóse á los pies del caballo del vencedor, y en voz de misericordia, y derramando un torrente de lágrimas le dijo:

—Señor!.... esa gente que se halla presente á los ojos de V. E. no ha causado el menor daño; si lo hubiera hecho vagaria fugitiva por esos montes, como andan otros muchos; suspéndase, señor, la órden que se ha dado; yo lo pido por este Dios, que en el último dia de los tiempos, le ha de pedir cuenta de esa sangre que quiere derramar!....

La voz del sacerdote domó por algunos instantes con su prestigio celestial, los furoros de aquellos insensatos.

El nombre de aquel apóstol de Jesucristo vive desde ese dia como una nube perenne de aroma en el cielo brillante de aquella ciudad heroica: se llamaba *Fray José de Jesus Belaunzaran!*

Reciba en estas páginas, el sagrado homenaje que le rinde la historia.